

DOÑA PREOCUPACIÓN

*A mis padres,
a 16 de noviembre de 1886*

*A doña Preocupación, aquella gris mujer,
queridos padres, bien la llegasteis a conocer;
marchó hace hoy treinta años
con vosotros a parajes extraños,
en noviembre, una mañana otoñal empapada
que yacía sin aliento en la landa nublada
y entre las ramas de los sauces se escuchaba
cómo el viento una marcha nupcial silbaba.
Ahíto de temor os llevó de la mano
a vuestro nuevo hogar en el bosque lituano,
y aislados con vuestra turbación
allí apareció de nuevo doña Preocupación,
abrió los brazos para invocar
una bendición a todo vuestro hogar
y bendijo a todo aquel que todavía
oculto el sueño del nonato dormía.
Voló el tiempo... y la carcomida cuna
que ya solo mece la luz de la luna
de merecido descanso goza ahora
tras acunar a cuatro retoños otrora.
Cuando ya palidecía el ocaso,
salía del rincón una sombra al paso,
alzaba los brazos con todo sigilo
y junto a la cuna aguardabais en vilo.
Cuanto doña Preocupación os prometió,
la vida poco a poco os lo dio
entre suspiros y lloros, necesidad y tormento,
en vuestra brega diaria, de triste desaliento,
en el plañido de tanto desvelo,
¡ah!, con qué lealtad os dejó sin consuelo.
Y entretanto el cabello se os ha vuelto cano*

*y la dama gris no os suelta la mano,
con las manos en alto y fija la mirada,
entre los muros de vuestra humilde morada
de la mísera mesa al arca vacía,
de vuestra casa entraba y salía,
y acucillada junto al hogar,
aún sopla las llamas sin cesar.
Queridos padres, ¡no perdáis el valor!,
pues el sacrificio de vuestro sudor
encontrará al final su consuelo
mediante una bendición del cielo.
Nosotros somos jóvenes y tenemos fuerza,
y si logramos mantener la entereza
sabremos lidiar con la pena y la fatalidad
sabremos dónde florece la felicidad.
A nuestra casa pronto regresamos contentos
para echar a la dama de nuestros aposentos.*

EN el preciso momento en que la hacienda de los Meyhöfer se vendía al mejor postor, nació su tercer hijo, Paul.

¡Eran tiempos realmente difíciles!

Doña Elsbeth, con su afligido rostro y su melancólica sonrisa, yacía en la gran cama adoselada, la cuna del recién nacido junto a ella, y con la mirada inquieta observaba a su alrededor y aguzaba el oído ante todo ruido que penetrara en su triste habitación de parturienta procedente del patio o de las habitaciones. Con cualquier sonido sospechoso se incorporaba y cada vez que se escuchaba una voz masculina desconocida u oía el rodar sordo de un carro acercándose, presa del miedo y aferrándose a los postes de la cama preguntaba: «¿Ha llegado la hora? ¿Ha llegado la hora?».

Nadie le daba una respuesta. El doctor había ordenado enérgicamente que le evitaran todo cuanto pudiera alterarla, mas el buen hombre no había tenido en cuenta que esta eterna zozobra iba a suponerle una tortura mil veces mayor que la certeza más horrible.

Una mañana —al quinto día del nacimiento— oyó a su marido, al que apenas si había visto en aquel infausto tiempo, caminando por la habitación contigua entre suspiros y graves imprecaciones. Una frase podía entender, una sola frase, que repetía una y otra vez, la frase: «¡Sin hogar!».

Entonces lo supo: había llegado la hora.

Posó la débil mano sobre la cabecita del recién nacido, quien con gesto grave pasaba el tiempo en silencio, y comenzó a llorar hundiendo el rostro en la almohada.

Pasado un tiempo, le dijo a la criada que se ocupaba del pequeño: «Haz pasar al señor, quiero hablar con él».

Y aquel entró. Con sus retumbantes pasos se plantó ante la cama de la parturienta y la observó con un semblante que en su forzada serenidad se mostraba aún más descompuesto y desesperado.

—Max —dijo con timidez, pues siempre le tenía miedo—, Max, no me escondas nada... Estoy preparada para lo peor.

—¿Lo estás? —preguntó él desconfiado, pues recordaba la advertencia del doctor.

—¿Cuándo tenemos que salir de aquí?

Cuando él vio que ella afrontaba la desgracia con tal aplomo, consideró que en adelante no sería necesario tener pelos en la lengua y echando pestes estalló:

—Hoy... Mañana... ¡Cuando guste el nuevo patrón!... Su misericordia es lo único que nos mantiene aquí... y si así lo quiere, puede que esta misma noche tengamos que dormir en la calle.

—No llegará a tanto, Max —dijo ella, haciendo un esfuerzo por mantener la calma—, cuando sepa que hace solo unos días que ha llegado otro crío...

—Así que... debería ir a suplicarle... ¿Es eso?

—Oh, por supuesto que no. Tomará él la iniciativa. ¿De quién se trata?

—Douglas se llama... viene de la zona de Insterburg¹... Se presentó muy insolente el señorito, muy insolente... Con mucho gusto lo habría echado del juzgado.

¹ Ciudad y comarca de la Prusia Oriental conocida en la actualidad como Chernyakhovsk, cercana a Königsberg, la actual Kaliningrado.

—¿Nos ha quedado algo? —preguntó en voz baja y titubeando, al tiempo que miraba al recién nacido, ya que de la respuesta quizá dependiera su tierna y frágil vida.

Él rompió en una dura risotada.

—Sí, una propina... Dos mil táleros en total.

Ella suspiró aliviada, pues creía que iba a escuchar un terrible «nada» salir zumbando de sus labios.

—¿De qué nos sirven dos mil táleros —continuó diciendo él— después de haber dilapidado cincuenta mil? ¿Debería abrir una posada en la ciudad o poner una mercería? Tú quizá puedas echar una mano yendo a coser a casas de postín, y los niños a vender cerillas en las calles... ¡Jajaja!

Se mesó el pelo, ya entrecano y bien poblado, y le dio tal puntapié a la cuna que esta se balanceó con violencia.

—¿Para qué habrá nacido ahora este renacuajo? —murmuró melancólico, después se arrodilló junto a la cuna, enterró los diminutos puños en las cavidades de sus grandes manos coloradas y le habló a su hijo—: Si hubieras sabido, hijo, lo malo e infame que es este mundo, cómo aquí vence la desvergüenza y sucumbe la justicia, sin duda te habrías quedado donde estabas... ¿Cuál será tu destino?... Tu padre no es más que un vagabundo, un desterrado que va a deambular por los caminos con mujer y tres hijos hasta encontrar un lugar donde arruinarse definitivamente, él y los suyos...

—Max, no hables así... Se me parte el corazón —dijo llorando doña Elsbeth y alargó la mano para posarla sobre la cabeza del marido, pero esta mano cayó extenuada antes de llegar a su destino.

Él se levantó raudo.

—Tienes razón... ¡Basta de lamentos! Claro que si ahora estuviera solo, soltero como en otros tiempos, me marcharía entonces a América o a las estepas rusas, allí se hace uno rico... ¡Sí, allí se hace uno rico! O especularía en la bolsa, hoy al alza, mañana a la baja... ¡Ahí sí que se podría ganar dinero! Pero así... atado como está uno... —Lanzó una mi-

rada afligida a la mujer y al niño, y a continuación señaló con la mano en dirección al patio, desde donde llegaban las voces alegres de los dos hijos mayores.

—Sí, ya sé que ahora vamos a suponer una carga para ti —dijo la mujer con sumisión.

—¡No me hables de cargas! —vociferó él—. Lo que he dicho no llevaba mala intención. Yo os quiero... ¡Y ya está! La cuestión ahora es adónde vamos. Si por lo menos no estuviera el recién nacido, se podrían soportar durante algún tiempo los contratiempos de una vida incierta. Pero ahora... Tú enferma... El niño necesitado de cuidados... Al final no nos queda otra que comprar alguna hacienda y dar como anticipo los dos mil táleros. ¡Alegría! Menuda vida nos espera... Yo con el saco al hombro para mendigar y tú con el morral... ¡O yo con la azada y tú con el cubo de la leche!

—No sería lo peor que nos podría pasar —dijo la mujer en voz baja.

—¿No? —Rio con amargura—. Bien, entonces tengo una solución para ti. Está en venta, por ejemplo, Mussainen, ese desolador terreno cenagoso allá fuera en la landa.

—Oh, ¿y por qué precisamente ese? —dijo ella sobrecojiéndose.

Él, en su cabeza, se quedó prendado al instante de la idea.

—Sí, eso es lo que se dice apurar el cáliz hasta las heces. Y a la vista siempre el esplendor pasado... pues has de saber que el resplandor de la finca de Helenental nos llegaría directamente a las ventanas... Y alrededor, ciénaga y un erial de doscientas yugadas... Quizá se podría hacer algo apto para el cultivo... Podría uno convertirse en pionero de la agricultura. ¿Y qué diría la gente de todo ello? Este Meyhöfer es un hombre hecho y derecho, dirían. No se avergüenza de su desgracia, incluso la observa en cierto modo con ironía. ¡Bah, pues claro! Uno tiene que ironizar con su desgracia, esa es la única forma sublime de contemplar el

mundo, ¡uno debería rechiflarse de todo! — Y soltó tal estridente silbido que la enferma se incorporó en la cama.

—Disculpa, querida —le rogó acariciándole la mano, con un talante de repente de lo más afable—, pero ¿no llevo razón? Uno debería reírse de todo ello. Mientras uno sea consciente de que es un hombre honrado, puede sobrellevar cualquier contrariedad con cierto deleite. Deleite es la palabra adecuada. La propiedad todavía está en venta, pues el propietario se ha casado con un buen partido y ahora deja completamente yermos los viejos campos.

—Piénsalo bien, Max —le rogó la mujer presa del temor.

—¿Para qué vacilar? —respondió con contundencia—. No podemos suponer una carga para este señor Douglas, con nuestros míseros dos mil no podemos aspirar a nada mejor, ¡la ocasión la pintan calva!

Y sin tomarse tiempo siquiera para despedirse de la enferma, salió a toda prisa.

Pocos minutos después, ella oyó cómo el carro salía del patio.

Aquel mismo día por la tarde le anunciaron la visita de una desconocida. Le dijeron que había llegado a la hacienda una bella y distinguida dama en su reluciente carruaje y que deseaba visitar a la señora de la casa en su lecho de parturienta.

Preguntó quién era, pero no había querido dar su nombre.

«¡Qué extraño!», pensó doña Elsbeth, pero como en su desasosiego comenzaba a creer en mensajes divinos, no dijo que no.

La puerta se abrió. Con paso prudente se acercó a la cama de la parturienta una figura delgada y de complexión delicada con rasgos finos y suaves. Tomó sin más una de sus manos y dijo con una voz dulce y algo velada:

—He ocultado mi nombre, querida señora Meyhöfer, porque temía que no me recibiera si lo decía antes. Y lo que más desearía es permanecer en el anonimato también aho-

ra. Por desgracia, supongo que ya no me verá con buenos ojos cuando sepa quién soy.

—No hay nadie en este mundo a quien odie —respondió doña Elsbeth—, y menos aún un nombre.

—Me llamo Helene Douglas —dijo la dama en voz baja y agarró con más fuerza la mano de la convaleciente.

Doña Elsbeth comenzó a llorar al instante, pero la visitante, como si se tratara de una vieja amiga, le pasó la mano por debajo del cuello, la besó en la frente y dijo, con su voz suave y reconfortante:

—No me guarde rencor. La fatalidad ha querido que yo la eche de esta casa, pero no tengo ninguna culpa de ello. Mi marido quiso darme una sorpresa, pues el nombre de esta propiedad coincide con el mío. Mi alegría desapareció en cuanto oí bajo qué condiciones la había adquirido y cómo ha tenido que sufrir usted, querida señora Meyhöfer, en estos momentos doblemente difíciles. Todo ello me ha llevado a venir para pedirle disculpas en persona y así, al mismo tiempo, aliviar mi corazón por el dolor que le he causado y el que todavía le voy a causar, pues sus sufrimientos todavía no han llegado a su fin.

Doña Elsbeth, como si fuera lo más natural, había apoyado su cabeza en el hombro de la extraña y seguía llorando en silencio.

—Y quizá pueda serle de alguna utilidad —continuó diciendo—, al menos si consigo descargar una parte de la aflicción que alberga su alma. Nosotras las mujeres solemos entendernos mejor que ellos, los hombres duros y fuertes. Las desventuras compartidas que pesan sobre nosotras nos unen. Y sobre todo, hay algo más: he hablado con mi marido y les pido en su nombre y en el mío que consideren suya esta casa tanto tiempo como gusten. Nosotros pasamos el invierno por lo general en la ciudad y tenemos además una segunda propiedad cuya gestión queremos dejar en manos de un administrador. Ve usted que no nos molestan de ninguna manera y que más bien nos hacen un favor

si siguen medio año o más haciendo y deshaciendo aquí como han hecho hasta ahora.

Doña Elsbeth no dio las gracias, pero la mirada bañada en lágrimas que alzó hacia la extraña era agradecimiento suficiente.

—Y ahora recupere su alegría, querida señora —prosiguió aquella—, y si en el futuro necesita consejo o ayuda, tenga en cuenta que tiene aquí a alguien que le debe mucho. ¡Y qué criatura más hermosa! —Se volvió hacia la cuna—. ¿Es niño o niña?

—Un niño —dijo doña Elsbeth esbozando una tenue sonrisa.

—¿Tiene ya hermanos en este mundo? ¡Pero qué pregunta! Los dos chiquillos robustos de fuera que me han recibido al bajar del carruaje, ¿puedo conocerlos mejor? No, aquí no —descartó con firmeza—, podría excitarla aún más. ¡Más tarde! ¡Más tarde! Ahora nos interesa esta criaturita.

Se inclinó sobre la cuna y recompuso las ropas.

—Pone ya cara de viejito sabihondo —dijo bromeando.

—La Preocupación ha estado junto a su cuna —respondió doña Elsbeth en voz baja y melancólica —, por eso tiene esa cara de viejito.

—Oh, no sea supersticiosa, querida —respondió la visitante—. Una vez me dijeron que los recién nacidos llevan a menudo en sus ragos algo de anciano. Pero que desaparece pronto.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó doña Elsbeth.

—Ah, ¡todavía soy una mujer joven! —respondió la visitante y se sonrojó al decirlo—. Apenas si llevo seis meses casada. Pero... —Y se sonrojó aún más.

—Que Dios la acompañe cuando llegue el momento —dijo doña Elsbeth—, rezaré por usted.

Los ojos de la extraña se humedecieron.

—Gracias, mil gracias —dijo—. ¡Seamos amigas! ¡Se lo pido de todo corazón! ¿Sabe qué? Hágame madrina de este

niño y corresponda usted con la misma muestra de afecto cuando el cielo me bendiga.

Las dos mujeres se estrecharon las manos sin decir palabra. Habían sellado su lazo de amistad...

Cuando la visitante ya se había marchado, doña Elsbeth dirigió una mirada recelosa y afligida a su alrededor.

«Todo estaba tan luminoso hace un momento, tan radiante», murmuró, «y ahora todo vuelve a estar sombrío».

Pese a la oposición de la enfermera, al poco entraron atropelladamente a la habitación de la enferma los dos mayores con gran regocijo. Cada uno llevaba en la mano una bolsa de dulces.

—Nos las ha regalado la desconocida —gritaron con júbilo.

Doña Elsbeth sonrió.

—Chss, niños —dijo—. Nos ha visitado un ángel.

Los dos muchachitos miraron asombrados y preguntaron:

—Mamá, ¿un ángel?

DE ese modo, la señora Douglas se convirtió en la madrina de Paul. Meyhöfer, naturalmente, estaba no poco disgustado con la nueva amistad, pues como solía decir, «no necesito la compasión de los afortunados», mas cuando la dulce y cordial señora apareció por la propiedad y lo convenció de sus buenas intenciones, no se atrevió a continuar con su negativa.

Asimismo, accedió a permanecer en el viejo hogar... aunque a regañadientes. La hacienda Mussainen, que de hecho había adquirido aquel mismo día, estaba en un estado tan lamentable que la estancia allí se antojaba peligrosa para mujer e hijos durante los fríos días de otoño. Antes de nada había que efectuar las reparaciones indispensables y traer carpinteros, albañiles y alfareros antes de que pudiera pensarse en la mudanza.

Sin embargo, a causa de la testarudez de su marido, doña Elsbeth se vio obligada a trasladarse allí mucho antes de que se hubiera completado la reforma de la nueva vivienda. Cuando un día apareció en la propiedad un capataz del nuevo dueño con una cuadrilla de obreros y en su nombre solicitó humildemente alojamiento, aquel interpretó su modo de proceder como una ofensa deliberada contra su persona y se mostró decidido a no permanecer ni un día más en la tierra que antes había sido de su propiedad.

Fue un día frío y lóbrego de noviembre cuando doña Elsbeth, junto con sus hijos, se despidió de su vieja y que-

rida casa. Una llovizna fina caía del cielo empapándolo todo. Envuelta en una niebla gris, ante sus ojos se extendía, yerma y desoladora, la landa.

Con el más pequeño pegado al pecho y los dos mayores llorando en torno a ella, así subió al coche que la conducía hacia su nuevo y tan aciago destino.

Cuando ya rodaban hacia el portón de la propiedad y el viento frío de la landa les golpeó en la cara con un latigazo gélido, el pequeño, que hasta entonces había permanecido en silencio y tranquilo, comenzó a llorar desconsolado. Ella lo arrojó con más firmeza en su abrigo y se inclinó sobre el cuerpecito tembloroso para no mostrar las lágrimas que sin cesar le resbalaban por las mejillas.

Tras media hora de trayecto por el camino embarrado y emblandecido por la lluvia, el coche llegó a su destino. A punto estuvo de gritar cuando ante sus ojos se presentó el nuevo hogar, ruinoso y decadente.

Chozas alargadas, hechas de adobe y brezo... Un patio empantanado... Una vivienda de techo bajo con cubierta de ripias de cuyos muros ya se había desprendido la cal en algunas partes y dejaba a la vista el muro desnudo... Un jardín lleno de maleza en el que proliferaban los últimos tristes restos del verano, aster y girasoles junto a hierbas aromáticas medio marchitas, alrededor una valla pintada de un color desagradable a la cual alguien parecía haber dado una última unción antes de que le llegara la hora... Este era el lugar que habitaría en adelante la familia del terrateniente arruinado.

Ese era el lugar en el que creció el pequeño Paul, al que consagró el amor de su vida, las preocupaciones de media vida...

Durante sus primeros años fue una criatura muy frágil y enfermiza, y más de una noche la madre la pasó temiendo que el tenue candil de su vida pudiera apagarse antes de que despuntara el alba. Se sentaba entonces en la oscura alcoba de techo bajo, con los codos apoyados en el borde de la cami-

ta, y clavaba los ojos inflamados en el delgado cuerpecillo que se contraía entre dolorosos espasmos.

Sin embargo, superó todas las crisis de la niñez y con cinco años, si bien todavía de extremidades débiles y tez pálida, casi mustia —había conservado los rasgos de anciano—, era un chiquillo sano de quien cabía esperar que saliera adelante.

De aquel tiempo datan sus primeros recuerdos.

El primero, que más tarde le vendría a la memoria en numerosas ocasiones, era el siguiente:

La habitación está en penumbra. En las ventanas se forman flores de escarcha, y a través de las cortinas se cuele el resplandor rojizo del crepúsculo. Los hermanos mayores han salido a patinar sobre el hielo, pero él yace en su cama, pues tiene que irse pronto a dormir, y junto a él está sentada su madre, con una mano colocada alrededor de su cuello, la otra sobre el borde de la cuna en la que duermen las dos hermanitas que la cigüeña trajo hace un año, las dos justo el mismo día.

—Mamá, cuéntame un cuento —le pide.

Y la madre se lo contó. ¿Cuál? Solo se acuerda vagamente, pero trataba de una dama gris que había visitado a la madre en todos los momentos difíciles, una mujer con un rostro pálido y enjuto, y ojos oscuros y llorosos. Había llegado como una sombra y como tal se había marchado, había extendido las manos sobre la cabeza de la madre, no sabía bien si como maldición o como bendición, y había pronunciado numerosas palabras que guardaban relación también con él, el pequeño Paul. Se hablaba allí de un sacrificio y de una redención, pero había olvidado las palabras, probablemente porque todavía no era lo suficientemente maduro para comprenderlas. No obstante, sí había una cosa de la que se acordaba perfectamente: mientras él, casi atónito de temor y expectación, prestaba oídos a las palabras de la madre, vio de repente cómo la figura gris de la que ella hablaba se encontraba en persona junto a la

puerta... Exactamente la misma, con los brazos en alto y la cara pálida y triste. Él escondió la cabeza bajo el brazo de la madre, el corazón comenzó a batirle con fuerza, le faltaba el aliento y muerto de miedo gritó:

—¡Mamá, ahí está, ahí está!

—¿Quién? ¿Doña Preocupación? —preguntó la madre. Él no respondió y se puso a llorar.

—¿Dónde? —preguntó de nuevo la madre.

—Allí, junto a la puerta —respondió él al tiempo que se levantaba y se echaba en sus brazos, pues tenía mucho miedo.

—¡Ah, pequeño tontuelo! —dijo la madre—. Eso es el abrigo de viaje de papá —Y le trajo el abrigo e hizo que tocara el forro y el paño para que se cerciorara, y él lo admitió, pero en sus adentros estaba tanto más convencido de que había visto cara a cara a la dama gris. Y ahora sabía también cómo se llamaba.

Se llamaba «doña Preocupación».

Con todo, la madre se había quedado pensativa y no consintió en narrar el cuento hasta el final. Tampoco en otras ocasiones más adelante. Y aun cuando él se lo suplicara. Del padre solo le había quedado un vago recuerdo de aquellos años. Un hombre con botas altas de agua que increpaba a la madre y zurraba a los hermanos, y que a él lo solía ignorar. Solo a veces le lanzaba una mirada de reojo que no parecía presagiar nada bueno. A veces, en especial cuando había estado en la ciudad, su cara adquiría un color rojo oscuro, como una caldera calentada al rojo vivo, y sus pasos culebreaban por los tablones del suelo. Acontecía entonces siempre la misma historia: primero acariciaba a las dos gemelas, a quienes reservaba un lugar especial en su corazón, y las mecía en sus brazos mientras la madre permanecía al lado y seguía sus movimientos con una mirada atemorizada; después se sentaba a la mesa, comía a desgana de las fuentes y las apartaba a un lado tildando aquella «bazofia» de miserable e insípida, le daba un fustazo de vara a Max y Gottfried en la cabeza, se enfadaba con la madre y

al final salía para enzarzarse con los criados. Su voz imprecante resonaba entonces hasta más allá del patio, de manera que incluso Karo, atado a su cadena, escondía el rabo entre las piernas y se retiraba al lugar más recóndito de su caseta. Si después de un rato regresaba a la habitación, la mayor parte de las veces el humor le había mudado de la ira a la desesperación. Se retorció las manos, se lamentaba por la miseria en la que se veía obligado a vivir allí y hablaba consigo mismo acerca de todo tipo de importantes negocios que habría emprendido si esto o aquello no se lo hubieran impedido y si el cielo y la tierra no se hubieran conjurado para arruinarlo. Entonces se acercaba a la ventana y agitaba los puños en dirección a la Casa Blanca, que tan apacible los observaba desde la distancia.

¡Sí, esa Casa Blanca!

El padre la increpaba, bastaba que su mirada se perdiera en aquella dirección para que frunciera el ceño y él, él la estimaba tanto como si una parte de su alma se hallara allí. ¿Por qué? Ni siquiera él mismo lo sabía. Quizá fuera porque la madre le tenía tanta estima. También ella se detenía con frecuencia ante la ventana y miraba hacia allá arriba, pero no fruncía el ceño, ¡oh, no!, su rostro adquiría un semblante distendido y melancólico, y de los ojos le emanaba una nostalgia tan impetuosa que a él, que permanecía a su lado en silencio, a menudo un escalofrío le recorría la cerviz.

¡Su pequeño corazón rebosaba de la misma nostalgia! ¡Desde que tenía uso de razón aquella casa le parecía la encarnación de lo bello y lo espléndido! Siempre que cerraba los párpados, la veía ante sí, ¡y hasta se colaba allí en sus sueños!

—¿Has estado alguna vez en la Casa Blanca? —le preguntó a la madre un día que no podía contener más la curiosidad.

—Oh, sí, hijo mío —respondió ella y su voz sonó triste e insegura.

—¿Muchas veces, mamá?

—Muchas veces, hijo. Tus padres vivieron allí una vez, y tú viniste allí al mundo.

A partir de entonces, la Casa Blanca fue para él lo mismo que el Paraíso perdido para el hombre...

—¿Y quién vive ahora en la Casa Blanca? —preguntó en otra ocasión.

—Una señora bella y amable que ama a todas las personas y en especial a ti, pues tú eres su ahijado.

Sintió como si una cantidad inagotable de dicha se le derramaba sobre la cabeza. Estaba tan alterado que temblaba.

—¿Por qué no vamos a visitar a la señora bella y amable? —preguntó después de un rato.

—Papá no lo quiere —contestó ella y su voz tenía un extraño tono agudo que le llamó la atención.

No siguió preguntando, pues los deseos del padre eran como una ley cuyos fundamentos nadie debía indagar, si bien aquel día el secreto de la Casa Blanca estableció un nuevo vínculo entre madre e hijo. En público no se permitía hablar de ella. El padre se ponía furioso si tan solo se insinuaba su existencia y tampoco a los hermanos les gustaba hablar de ello con él, el más pequeño. Probablemente temían que él fuera tan tonto como para contarlos después. Pero la madre sí, ¡la madre sí confiaba en él!

Cuando estaban a solas los dos —y durante las horas de escuela casi siempre estaban a solas— la boca de ella se abría y con ella el corazón, y en sus relatos la Casa Blanca se le aparecía cada vez más sublime y esplendorosa. Al poco tiempo conocía ya cada habitación, cada emparrado del jardín, el estanque rodeado de verdes arbustos con la bola de cristal que allí delante lo reflejaba todo y el reloj de sol en la terraza; imagínense, un reloj sobre el cual el buen sol marcaba incluso las horas. ¡Qué maravilla!

Podría haber dado vueltas por Helenental con los ojos cerrados y no se habría perdido.

Y cuando jugaba con sus bloques de madera, se construía una casa blanca con terrazas y relojes de sol —¡dos docenas de una vez!—, excavaba estanques en la arena y fijaba canicas en pequeños palos que representaban las bolas de cristal. Estas, sin embargo, no reflejaban nada.